

Comunicación popular y trayectos curriculares

Claudia Villamayor

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES / UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

cvillamayor@unq.edu.ar

Resumen

El artículo recorre los antecedentes que posibilitaron la apertura de carreras de comunicación popular en Argentina. Se propone una historización desde la reapertura democrática a la ley 26.522, en la que se destaca la experiencia de organizaciones sociales, educativas, ONG y sindicales como productoras de conocimiento en materia de comunicación para la emancipación.

Palabras clave: formación, comunicación popular, universidad

La formación en comunicación popular, comunitaria o emancipatoria en la Argentina la podemos mapear en los últimos 32 años a través de quienes las gestaron en diferentes espacios y roles, siempre en el trayecto de luchas sociales y políticas. No surge del reposo sino de la insurgencia.

Con la reapertura democrática se inició un proceso de florecimiento de experiencias de comunicación, que en su mayoría estaban vinculadas a medios comunitarios y a experiencias en organizaciones sociales, culturales, políticas, sindicales y de educación popular. Las podemos reconocer en iniciativas colectivas desarrolladas en experiencias comunales de base de distinto orden, política, social o religiosa. Cada una de ellas, tanto mediáticas como organizacionales, tenía una voluntad fuertemente vinculada al ejercicio del derecho a la comunicación. El camino emancipatorio a través de la toma de la palabra de distintos grupos sociales tuvo y tiene algunas claves para comprenderlo: son experiencias colectivas, evidencian injusticias sociales, políticas y económicas en donde quienes son afectadxs de manera directa requieren contar con espacios para la propia narrativa respecto de los conflictos sociales, su afectación en los mismos, su posicionamiento respecto de cómo resolverlos y en particular una fuerte voluntad de incidencia en las políticas de estado.



Los primeros pasos: la praxis como teoría

Al inicio de la democracia, hubo innumerables experiencias de medios comunitarios, especialmente radiofónicos, revistas culturales y políticas, las primeras experimentaciones de televisión comunitaria, propuestas de un periodismo crítico en medios públicos y privados que ganaron espacios para decir lo que no se había podido ni pronunciar en la etapa del genocidio del 76 al 83. Un periodismo beligerante que sumado a la voluntad de organizaciones populares de dimensionar la comunicación no solo en términos de medios sino como estrategia de desarrollo crítico y conversacional significa un período inaugural que permitió desatar la libertad de expresión de las voces silenciadas.

En ese sentido, el surgimiento de toda esa voluntad comunicacional emancipatoria surgió de experiencias que no necesariamente estaban vinculadas a la Universidad, y en particular a la formación más sistemática que provenía de ellas. En esos primeros seis años, en la década del 80, la formación o capacitación estuvo relacionada con el Instituto de Cultura Popular (INCUPPO) de carácter nacional y al Centro de Comunicación Educativa La Crujía de carácter internacional (cuyo rol se prolongó y fortaleció en toda la década de los noventa). A ellos se sumaban algunas iniciativas de formación que los diversos colectivos organizacionales diseñaban para el trabajo de sus miembros y para generar participación de las comunidades en donde estaban insertos. En las universidades había algunas cátedras cuyos docentes conocían la trayectoria de la comunicación y la educación popular en el continente, y que la incluían en su asignatura. En su mayoría fueron y son artífices del campo. Al mismo tiempo, tanto periodistas como investigadoras e investigadores de reconocida trayectoria en la construcción del nuevo orden informativo de la comunicación, nacido con la propuesta del informe Mc Bride fueron intelectuales que hicieron camino en el campo de la comunicación y del derecho a la comunicación.

Al mismo tiempo, la iniciativa de los centros de estudiantes de la Universidad pública que buscaba relacionar comunicación y cultura, o comunicación y política, son los que tuvieron el primer ímpetu, la primera voluntad para que existieran planes de estudio que incluyeran la trayectoria de la comunicación latinoamericana en las propuestas educativas universitarias. Sin mayor éxito desde el punto de vista de lo transversal en cuanto a la concepción de la comunicación. La perspectiva reinante era que la enseñanza de la comunicación social incluyera el legado latinoamericano tanto en la enseñanza de las teorías como las nociones gramscianas de su concepción para la gestión de procesos comunicacionales en diversidad de territorios. Junto a ellas y ellos se destacan intelectuales de enorme trayectoria que

acompañaron esta búsqueda y que formularon caminos para su consecución: Margarita Graziano, Aníbal Ford, Máximo Simpson, María Cristina Mata, Héctor Schmucler, Daniel Prieto Castillo, Washington Uranga, entre otros y otras, la presencia en más de una ocasión de los referentes internacionales como Paulo Freire, Antonio Pasquali, Armand Mattelart, Rafael Roncagliolo, Mario Kaplún, Jesús Martín-Barbero, Juan Díaz Bordenave, Mabel Piccini, Guillermo Orozco Gómez, Fernando Reyes Matta, Rosa María Alfaro, Muniz Sodre, Valerio Fuenzalida, Regina Festa, Augusto Boal, por nombrar solo algunos. Allí tanto los docentes regresados del exilio -muchos de ellos y ellas eran sobrevivientes del terror- como los estudiantes querían pensar comunicación en tanto estrategia de desarrollo popular, transformador, emancipatorio. Esta trayectoria marcó un camino en la enseñanza de la comunicación como derecho en tanto dimensión política y la comunicación como significación y afectación en modo de nombrar el mundo, las agendas y sus discernimientos para la toma de decisiones en políticas de estado y de la vida cotidiana.

Hay que comprender el legado de periodistas de referencia como Rodolfo Walsh o Jorge Masetti, en Cuba, en Argentina y en todo el continente; las experiencias de medios de comunicación insurgentes; de organizaciones abocadas al trabajo de la educación y comunicación popular como las escuelas radiofónicas de América Latina; las escuelas de formación sindical y el uso del video educativo a tal fin; la producción de materiales educativos para el debate grupal en las organizaciones; todas forman parte de la larga lista que debería sistematizarse y organizar teoría/práctica para el fortalecimiento del campo. Estos sujetos, saberes y prácticas iniciales significaron un trazo grueso respecto de por dónde caminar en la acción pero también marcaron genealogía de conocimiento que no está trabajado ni ordenado suficientemente en la investigación dentro de la universidad.

La comunicación como estrategia de transformación

En un contexto de reafirmación neoliberal, entre el 90 y el 99, hasta el 2002 inclusive, hay una gran proliferación de experiencias de comunicación popular, comunitaria y alternativa. Ya habían iniciado en 1984, pero se multiplicaron en toda la Argentina; pareciera que cuando más el contexto decía que no se podía, había más voluntad de hacer nacer proyectos y al mismo tiempo un requerimiento de formación inminente para profesionalizar el trabajo y darle mayor calidad y carácter performativo. Hablamos de experiencias de teatro popular, de producción audiovisual comunitaria, documentalismo, organizaciones que durante esa década pasaron a entender la vitalidad que tenía la comunicación como dimensión estratégica en las

organizaciones: los sindicatos, las ONG sociales, culturales, los movimientos campesinos, indígenas, proyectos de iniciativas contracultural de los estudiantes, pero también de las participaciones de las juventudes sociales y políticas. Era muy común que hubiera centros culturales donde se dimensionara la comunicación no sólo como una estrategia de divulgación, sino más bien como una propuesta de alteratividad en el orden de lo simbólico y de la significación con la voluntad de incidir, no sólo en la cuestión de la opinión pública, sino en los modos de concebir, de narrar, de producir, de interactuar, de dialogar socialmente.

En los años 80, muy relacionada a lo instrumental la comunicación popular cobró vitalidad para el diseño comunitario estratégico. En los años 90 pasó a tener un lugar sustantivo la dimensión no sólo política de la comunicación sino cultural, en términos de significación y producción de imaginarios alternativos a la creciente radicalidad de un estado neoliberal. Medios y organizaciones tenían una fuerte conflictividad con un Estado que no los reconocía como sector en términos de definiciones de políticas de comunicación y mucho menos como parte de la toma de decisiones. Por eso, la autogestión y la organización del sector social de la comunicación tuvo especial fortaleza en esa década más en términos de sujeto político por fuera del Estado.

Desde 1980 y hasta el año 2009, organizaciones de diferente naturaleza, periodistas e intelectuales y los medios de comunicación popular y comunitarios como parte constitutiva del pensar y hacer el sistema de comunicación en Argentina, se fortalecen desde una concepción que fue creciendo en tanto sujetos políticos. Tengamos en cuenta que en todo ese trayecto que suman 29 años el decreto ley 22.285 (producto normativo de tres genocidas Jorge Rafael Videla, Emilio Massera y Orlando Ramón Agosti), no sólo siguió vigente sino que todo intento de modificación fue ahogado por las corporaciones y el poder político y judicial anuente.

Un lugar en la academia

La universidad pública y sus carreras de comunicación se hicieron eco de esta situación incongruente con el derecho a la comunicación y a raíz de eso, los espacios de conversación para la identificación de actores en relación a la cuestión se intensificaron. Cátedras, grupos de investigación, militantes de la comunicación popular y sindical comenzaron a conectar esos espacios con las instituciones no universitarias como las mencionadas más arriba ya sea para lograr agendar las perspectivas de la comunicación producidas desde América Latina como desde matrices críticas epistemológicas nacidas en el cuestionamiento del orden establecido por el capital como la escuela de Frankfurt o en las producción de los estudios culturales y los

estudios de recepción. En todo caso lo que caracteriza la búsqueda aquí es conectar sujetos, prácticas y saberes de la comunicación y la emancipación en el espacio universitario desde la investigación y la extensión para idear y proponer un nuevo estatuto que se tardó en llegar.

A estos esfuerzos en materia de investigación y extensión se conectaron particular con organismos de carácter internacional como CIESPAL, ALER, RNTC, La Crujía, que tenían un área de investigación, formación y publicaciones en materia de educación para la comunicación, en educación y comunicación popular, planificación y gestión de procesos comunicacionales, emancipatoria, comunitaria, alternativa, que tuvieron un papel muy importante para recuperar el legado de las prácticas y los saberes latinoamericanos.

Otras instancias de formación las fundaron algunas radios comunitarias y las organizaciones populares que les dieron origen. Es el caso del Centro de Estudios de Comunicación Popular de Córdoba (CECOPAL), que dio lugar a la radio Sur de Villa Libertador; a la iniciativa en materia de investigación que tenía la Universidad de Córdoba en el Centro de Estudios Avanzados orientada por la profesora María Cristina Mata, punto de vista vinculado a los procesos comunicacionales de los medios comunitarios, los análisis de audiencias y los procesos de participación ciudadana; en el mismo espacio los trabajos de Memoria y Comunicación que por entonces desarrollaba Héctor Schmucler, también en el Centro de Estudios Avanzados.

EL CEA en la Universidad Nacional de Córdoba, la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata, la Universidad Nacional de Cuyo, la Universidad Nacional del Comahue, la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, fueron precursoras a la hora de constituir espacios que se comprometieran en la búsqueda de un estatuto riguroso y formativo en materia de comunicación popular latinoamericana.

Podemos decir que desde el inicio de la democracia hubo una voluntad de que hubiera un enfoque de la comunicación/emancipación que estuviera transversal en las carreras de comunicación. Lamentablemente, las experiencias de comunicación comunitaria populares, con honrosas excepciones, siempre eran miradas como chiquitas, periféricas, mal hechas; y la noción de lo popular, lo educativo, lo alternativo, lo alterativo, el desarrollo, el cambio social, siempre eran consideraciones menores en base a la importancia sustantiva que tenía más que nada la Escuela de Frankfurt y los estudios culturales. Los prejuicios en relación a ese proceso están más vinculados a la tradición positivista clásica de la construcción del conocimiento y su



dificultad en reconocer otras epistemologías surgidas de las luchas de los movimientos sociales, culturales y políticos que en la seriedad del conocimiento de quienes los ejercieron.

La curricularización de saberes sociales

En la trayectoria académica y política para hacer curricular saberes menospreciados o negados dentro de la universidad nos permite afirmar que para la comunicación popular también la universidad ha sido y es un territorio de transformaciones en el cual la batalla más importante es la epistemológica y con ellas los sujetos y saberes a incluir dentro de la construcción del conocimiento y la producción de incidencia sociales, culturales y políticas que sirven de insumo para el diseño de políticas de estado. Para que se haga curricular la carrera hay un proceso que se vino construyendo. Es como cuando se arma una norma jurídica: en la medida en que fueron apareciendo las experiencias y cobró un especial protagonismo la trayectoria latinoamericana en las teorías de la comunicación, con apellidos, popular, comunitaria, alternativa, educativa, se pudo comenzar a trabajar el sentido del estatuto del campo. Pero, insistimos, la resistencia mayor se la encontró (¿encuentra?) en la dimensión de la epistemología de saberes.

En coherencia con la producción teórica de la comunicación en América Latina, para que eso existiera curricularmente en términos de carrera, hubo mucha experiencia previa y sujetos que las llevaron y llevan adelante. En general a cada experiencia le precede una voluntad colectiva de transformación y una decisión política. La comunicación popular, alternativa o comunitaria surge desde matrices de acción política, llevadas a cabo por sujetos que tienen necesidades concretas y cada una de ellas les supone un derecho por ejercer por diversidad de sujetos y su respectiva movilización o activismo socio político: indígenas, campesinos, jóvenes, mujeres, LGTB, trabajadores, trabajadoras sindicalizados, en defensa del medio ambiente, la perspectiva de género, el movimiento de mujeres, etcétera. Siempre hay una matriz de acción política previa y de participación que hace que eso se construya estratégicamente en términos de comunicación. En el campo universitario no es la excepción en tanto territorio de acción política, académica, epistemológica y pedagógica.

La transversalidad del enfoque de derechos humanos es parte de esta trayectoria de larga batalla para convertirse en enfoque político-académico de los procesos de enseñanza aprendizaje en la comunicación social. La comunicación como dimensión de lectura de los procesos y los contextos sociales, para desatar prácticas de comunicación que desnaturalicen

perspectivas hegemónicas de mercado que amordazan la capacidad de idear el mundo en el que se quiere vivir.

La comunicación como noción y como narrativas multiplataforma para poder relatar la propia realidad, para poder nombrar el propio mundo, identificar el conflicto, hacer hablar a los afectados por ese conflicto y por sobre todo aprender a desnaturalizar la colonialidad de los discursos de diversidad de dispositivos jurídicos, mediáticos, judiciales, educativos, familiares, que cuando están regulados por el capital, despojan a las grandes mayorías de libertades y derechos. Especialmente a aquellos afectados en el propio cuerpo que carece y muere en el intento de sostener su existencia.

Los nombres de popular, alternativo y comunitario están muy vinculados a procesos políticos sociales en diferentes épocas de la cuales dar cuenta para poner construir y trabajar la genealogía de un campo surgido de la invisibilización de voces, el ejercicio decolonial de narrativas y conflictos, hecha voz, palabra, imagen gráfica, construida por los propios afectados. Es ahí donde se empieza a hablar de medios alternativos, comunitarios, populares, y también de medios públicos, que tienen esta perspectiva también, tanto audiovisuales como multiplataforma.

Comunicación para la emancipación: la construcción de un campo

Durante los años noventa, muchos de quienes trabajaron/militaron en prácticas de comunicación popular estudiaban, al mismo tiempo, en la Universidad. De ahí surge una impronta en la constitución de un tipo de sujeto de la comunicación que al modo de intelectuales orgánicos expresaron su inquietud por vincular la dimensión académica a sus propias militancias. En los 90 se forma una gran masa crítica de comunicadores y comunicadoras que tienen una especial motivación en seis cuestiones:

1. Batallar la democratización de las comunicaciones, recuperar esa mirada, esa voluntad política, de transformación de las leyes;
2. Producir un sistema mediático en donde el sector social tuviera lugar;
3. Producir teoría, dotar de un estatuto teórico a la comunicación popular, comunitaria, emancipatoria desde Argentina, desde las prácticas y en América Latina;
4. Diseñar procesos pedagógicos y metodológicos para la intervención en el trabajo territorial;
5. Aprender a producir materiales educativos, recuperar la dimensión de la educación/comunicación para la producción y la gestión de medios de comunicación; y

6. Trabajar las narrativas de los dispositivos discursivos y rastrear la dinámica del capital en tanto trama dominante. Con el propósito, claro, de idear procesos para desnaturalizar y desatar procesos de significación y producción de sentido que alterara el orden del mercado.

Estas son algunas de las líneas de trabajo en materia de prácticas pero también de investigación, docencia y extensión que animan docentes y estudiantes que comienzan a ocupar espacios dentro de la universidad con la idea de incidir también en los trayectos curriculares. En todos los casos, recuperando legados de quienes los antecedieron en América Latina, sus luces y sombras, y resituando las necesidades y las perspectivas del nuevo tiempo.

Licenciados en comunicación social que ya tenían una formación desde la perspectiva de la comunicación como derecho comienzan a transitar estudios de posgrado en el mismo sentido. Lo que comenzó en 1984 como asignatura o espacio estudiantil comienza bregar por el estatuto curricular consuetudinario. Eso fue una batalla. En las universidades no todos entienden que comunicación popular no son las cartillas o la dinámica grupal, aunque en algún momento se hagan ambas cosas. Pero no es menor gestionar medios públicos y comunitarios, o definir políticas de estado en materia de comunicación, analizar y producir conocimiento en materia de economía política de la comunicación: hace también a la comprensión de un campo que quiere ser emancipatorio.

La comprensión de los procesos sociales desde una perspectiva comunicacional, el diseño y la gestión de procesos comunicacionales en las organizaciones del Estado y del sector público, como de las organizaciones de la sociedad civil, de los medios de comunicación, de los sindicatos, tanto como la investigación y el análisis de cómo opera la comunicación en el armado, y en la configuración de matrices culturales que favorecen el patriarcado, el capitalismo, la discriminación, la xenofobia o el racismo hacen parte de un trabajo con todas las sociedades discurso que dispositivos mediadores producen y que la comunicación popular es clave a la hora de desnaturalizar y crear otro mundo posible desde la producción de la significación.

Hay una dimensión analítica o investigativa que arroja luz sobre la dimensión de la cultura que hay que desnaturalizar, y hay otra línea que observa cómo se configuran los sistemas de hiperconcentración mediática que amordazan la voz de las grandes mayorías. Como otros son capaces de producir contenidos y de gestionar aquello que es sustantivo, que es horadar en términos reales la perspectiva de los procesos sociales que tiene la ciudadanía. Aquel que maneja los lenguajes, no es una cuestión técnica gramática, sino que es una cuestión de

producción que permite el desarrollo de estrategias que desnaturalizan perspectivas. Eso se le llama producir comunicación; está al orden del día y en la necesidad de esa transformación.

Esta trayectoria señalada la podemos situar en el continente en experiencias en donde el estado asume que es posible acompañando o contextuando las transformaciones mediante políticas públicas. Como en el caso argentino lo ha sido la ley 26.522 sancionada en el año 2009. En este caso, y bajo esa matriz jurídico política, se pudo pensar y comenzar a hacer un nuevo paradigma de la comunicación con largo legado en América Latina. De ese modo fue posible revisar todas esas cuestiones, porque hubo un Estado y un gobierno que prestó atención para idear, diseñar y gestionar una política de estado en los medios de comunicación.

La norma jurídica es la terminal de una serie de discusiones políticas con lo que estamos entendiendo por comunicación, dónde aplica, y en particular, qué estatuto tiene al interior de la universidad pública y fuera de ella. No nos olvidemos, que el estatuto científico siempre fue muy cuestionado en términos de la mirada epistemológica del positivismo clásico del XIX como ya lo hemos señalado. El CONICET no la ha incluido hasta el momento. Siempre está dentro de un ámbito que circula alrededor de la educación, de la sociología, de la antropología, pero siempre subsidiaria.

Ahí hay una batalla, no sólo por la producción de una contra hegemonía mediática: también por la producción de una dimensión cultural que desnaturalice las matrices hegemónicas de la educación superior en materia de comunicación. Que no sólo están social y culturalmente en la ciudadanía en general, sino que también están en el Estado, en la universidad pública, en la escuela, en los medios de comunicación, en el aparato judicial, lo mismo que pasa con otras perspectivas, como la de género, o de las comunidades originarias.

La institucionalización

El ímpetu que dio la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual 26.522 fue un impulso a un nuevo paradigma de la comunicación, para instalarlo en términos no solo jurídicos, sino también políticos. Esa ley dio un estatuto a lo que preexistía en los 27 años anteriores. En ese marco es que ya se pueden institucionalizar las carreras. Ahora bien, el nuevo paradigma de comunicación se instaló en toda Argentina, pero hubo universidades que en particular, recogieron el guante e hicieron curricular esta mirada. En primer lugar la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP con la carrera Tecnicatura Superior en Comunicación Popular (Modalidad presencial). Esta carrera de tres años, tiene un trayecto de 28 asignaturas, a través de las cuales se recuperan los saberes, sujetos y prácticas que ponen



en relación organizaciones populares, medios de comunicación, pymes y políticas de estado para ser diseñados, producidos y definidos desde una perspectiva comunicacional y epistemológica de derechos humanos para la gestión de procesos emancipatorios intersectoriales.

Al mismo tiempo, en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes se desarrolla la propuesta de la Tecnicatura Universitaria en Gestión de Medios Comunitarios (modalidad virtual), una carrera que bien podría haber sido una especialización, pero que está destinada a actores sociales que tienen una larga trayectoria en llevar adelante experiencias organizacionales, de políticas de Estado en materia de gestión de medios de comunicación popular, comunitario y alternativo, que tienen 10, 15, 20, o 30 años de experiencia, pero que nunca habían reparado en sistematizar sus saberes e institucionalizarlos a través de un título universitario. Se trata de una carrera que transita los saberes necesarios para la gestión integral de medios de comunicación popular y comunitario, político cultural, organizacional, económico, jurídico y tecnológico.

Por su parte la Universidad Nacional de Córdoba, a través del Centro de Estudios Avanzados, lanza una carrera de posgrado, que es la Especialización en Gestión y producción de medios audiovisuales con perspectiva ciudadana. Este posgrado sin duda es una iniciativa sin precedentes en materia de producción y gestión focalizada en gestionar medios a partir de la relación con las políticas de estado.

Las tres carreras son iniciativas que fueron nacidas en el marco de la LSCA, por lo tanto su articulación con el estado y sus órganos como el relacionamiento con las redes de medios de comunicación comunitarios, organizaciones populares, medios de comunicación escolares, medios universitarios, organizaciones sindicales, culturales y de movimientos, ha permitido estudiar, investigar y desarrollar proyectos al mismo tiempo que se aplicaron políticas de comunicación para el sector. Se hace necesario estudiar esta relación para poder mirar y comprender los procesos y tomar aprendizajes para futuras acciones en este sentido.

Por lo anterior y por otras experiencias de trayectoria y de probidad académica que se traducen en términos de diplomaturas -como el caso de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA- y experiencias de cursos y otros espacios de comunicación comunitaria que tienen enorme experiencia en desarrollo de proyectos de extensión, de investigación y publicaciones de obligada lectura para la comunicación popular. Nos referimos al área de comunicación comunitaria en la Universidad Nacional de Entre Ríos. También a las cátedras que con diferente denominación se llevan adelante en la Universidad de Jujuy, en la Universidad



Nacional de Salta -particularmente en su sede de Tartagal-, en la Universidad Nacional de Tucumán; la experiencia de radio pública y comunitaria en la Universidad Nacional del Comahue; la incipiente y rigurosa tarea que vienen haciendo en el análisis de audiencia y desarrollo de proyectos de investigación en la Universidad Nacional de Avellaneda. A esta lista de enorme caudal tenemos que sumar una instancia fundamental, a través de la UNER y UNSa-Tartagal, que han reunido a todos los espacios nombrados en la Red de Cátedras, espacios y carreras de Comunicación Popular y Comunitaria de la denominada RICCAP, que ha tenido un vínculo estrecho con la Red de Carreras de Comunicación Social y Periodismo (REDCOM).

Cabe mencionar que a juicio de quien suscribe todos los espacios, asignaturas y posgrados vinculados a comunicación/educación hacen parte del campo de la enseñanza, la investigación y la extensión en comunicación y procesos emancipatorios que elegimos adjetivar como popular. Esta relación epistemológica y curricular amerita una reflexión que reúna, gestores sociales, educativos y culturales, pero también periodistas, planificadores de procesos comunicacionales y estrategias de la comunicación política.

La Comunicación Popular que se pretende emancipatoria, no fragmenta el saber: lo integra. Por ello mismo apuntamos caminos de investigación que permita: mapear la genealogía de la comunicación y la emancipación, historizar medios de comunicación, trabajar las sociedades de discurso del capital y los caminos de la desnaturalización, trabajar la económica política de la comunicación dimensionando sus estudios diagnósticos pero también ideando políticas de estado capaces de transformarlos, comunicación y territorialidad, periodismo y ética periodística, producción y gestión de contenidos multiplataforma, diseño y gestión de políticas de comunicación y educación en ámbitos de derechos humanos.

Aquí hay una larga trama de enfoques y de producción teórica y metodológica que no solo se plantee la comunicación popular sino el campo general de la comunicación.

